



Universidad de Buenos Aires.

Facultad de Psicología.

Psicología Evolutiva Adolescencia.

Cátedra 1- José A. Barrionuevo.

LAS METAMORFOSIS DE LA PUBERTAD Y EL DESPERTAR DE LA PRIMAVERA.

Dra. Mabel Belçaguy.

Lic. Juliana Gómez.

Lic. Alejandra Menis.

LAS METAMORFOSIS DE LA PUBERTAD Y EL DESPERTAR DE LA PRIMAVERA.

En este trabajo nos proponemos hacer un acercamiento al pensamiento de Freud y Lacan en relación a la adolescencia. De allí su título, ya que “Las metamorfosis de la pubertad” es el escrito más completo dedicado por Freud (1905) al tema, y otro tanto ocurre con “El despertar de la primavera” de Lacan (1974).

Luego tomaremos algunos fragmentos de un clásico de la literatura, la obra de teatro “Despertar de primavera” de Wedekind, a modo de ejemplo de lo que ocurre en el encuentro de los adolescentes con las cosas últimas: muerte y sexualidad.

Freud y “Las metamorfosis de la pubertad”

Comenzaremos por aclarar que en la época en que Freud escribió no existía en el idioma alemán la palabra “adolescencia”. Dice P. Blos (1979) al respecto que el término “adoleszenz” apareció con posterioridad, de modo que la palabra utilizada era “pubertad” y “...se refería tanto a la etapa de maduración física como a las características psicológicas concomitantes”. Esto explica que los procesos que Freud adscribe a la pubertad, tales como el desasimiento de la autoridad de los padres y el hallazgo de objeto exogámico, tienen un decurso prolongado que excede al período de la pubertad, término con el que comúnmente se hace referencia al primer momento de la adolescencia, en el que tienen lugar los cambios corporales derivados de la madurez sexual.

En “Tres ensayos de teoría sexual” Freud (1905) formula su teoría de la acometida en dos tiempos de la sexualidad humana, es decir de una sexualidad interrumpida por la latencia, una particularidad que el ser humano no comparte con ninguna otra especie.

- El primer tiempo corresponde a la sexualidad infantil y a las primeras elecciones de objeto (Complejo de Edipo) que sucumben a la represión, dando lugar al periodo de latencia. “En éste, la producción de excitación sexual en modo alguno se suspende, sino que perdura y ofrece un acopio de energía que en su mayor parte se emplea para otros fines, distintos de los sexuales, a saber: por un lado, para aportar los componentes sexuales de ciertos sentimientos sociales, y por el otro (mediante la

represión y la formación reactiva), para edificar las posteriores barreras sexuales.” (1905)

Veamos las principales características de este primer tiempo de la sexualidad infantil o pregenital:

- La sexualidad es autoerótica: el placer se obtiene en el propio cuerpo, sin participación de un objeto externo.
- Autonomía de las pulsiones parciales: cada una de las pulsiones parciales (oral, anal, fálica) busca su satisfacción de manera independiente a través de las respectivas zonas erógenas. El placer es provocado por la estimulación de las zonas erógenas, que a partir de la pubertad se va a constituir como placer previo al placer final.
- En un agregado de 1915 dirá que la síntesis de las pulsiones parciales y su subordinación a la primacía de los genitales no se verifica en la niñez o sólo se verifica muy imperfectamente, y toma como objeto a los propios padres (complejo de Edipo). Esto ocurre entre los 2 y los 5 años y lo denomina “primer tiempo de la elección de objeto”; el segundo tiempo tendrá lugar en la pubertad.
- Tanto la niña como el niño reconocen un solo órgano genital, el masculino (premisa universal del falo) y en consecuencia, la polaridad vigente es fálico- castrado; la diferenciación es entre quienes tienen pene y quienes no, `porque lo perdieron´ o `porque les va a crecer´. Dado que, para Freud, la niña desconoce la existencia de la vagina, la activación autoerótica de las zonas erógenas es la misma para los dos sexos (fálica), mientras que a partir de la pubertad se establece claramente la diferencia entre los sexos.

- Con la entrada en la pubertad llega a su fin el período de latencia y se inicia la segunda oleada de la sexualidad humana; al decir de Freud: “Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva.” (1905) En este segundo tiempo pueden ubicarse los siguientes procesos

- Desde el punto de vista pulsional, se produce la subordinación de las pulsiones parciales bajo el primado de la genitalidad, a través del mecanismo del placer preliminar. Freud lo explica diciendo que el erotismo correspondiente a la estimulación de las distintas zonas erógenas aporta la elevación de tensión necesaria para hacer surgir la energía motora que permitirá llevar a término el acto sexual. Al placer correspondiente a las pulsiones parciales, que es el mismo de la sexualidad perverso-polimorfa infantil, le denomina placer preliminar. La penúltima fase del acto sexual es la excitación de las zonas genitales, pene y vagina, que conduce a la eyaculación. El

placer final en el coito es de mayor intensidad y es nuevo porque está ligado a condiciones que no habían aparecido antes de la pubertad.

- Segundo tiempo de la elección de objeto: con la aparición de la tensión genital tiene lugar la reedición del complejo de Edipo y de castración; esto supone una complicación creciente para el psiquismo en tanto, en virtud del crecimiento corporal, parricidio e incesto son ahora posibles, de modo que a la oleada de la sexualidad habrá de oponerse una nueva oleada de represión, de modo que pueda ser abandonada la fijación a los objetos edípicos.

- Una de sus consecuencias es el desasimiento de la autoridad de los padres.

- La desinvertidura de los padres va a posibilitar el hallazgo de objeto exogámico y heterosexual, un encuentro del que Freud dirá que es “propiamente un reencuentro”, como un retorno a la primitiva satisfacción sexual ligada con la absorción de alimentos, con el pecho materno como objeto, es decir que la relación originaria con aquel primer objeto de la pulsión se restablece. Más adelante (1914) dirá que el hallazgo de objeto puede realizarse por dos caminos: por apuntalamiento en los modelos de la primera infancia (el padre protector o la madre nutricia) o al modo narcisista (que busca en los otros el reencuentro con el yo propio). De todos modos, más allá de que los nuevos objetos, para ser significativos libidinalmente, tengan que estar en referencia a los primeros objetos, el hallazgo de la pubertad tiene como requisito que se efectúe un desplazamiento desde los primarios hasta los actuales para que la barrera del incesto sea preservada.

Freud agrega que la elección de objeto en la pubertad es, al principio, llevada a cabo sólo imaginativamente pues la vida sexual de los jóvenes “en maduración” tiene poco campo de acción más allá de las fantasías.

- Confluencia de la corriente sensual y tierna en el mismo objeto: una de las consecuencias del naufragio del complejo de Edipo es que la pulsión queda escindida. La corriente sensual es reprimida y el niño queda ligado a sus padres a través de la ternura, que no es otra cosa que pulsión sexual inhibida en su fin. A partir de la adolescencia es esperable que ambas corrientes, sensual y tierna, se reunifiquen en un mismo objeto amoroso. Dice Freud al respecto: “La normalidad de la vida sexual es garantizada únicamente por la exacta coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual.”

- La pulsión se pone al servicio de la función reproductora como una nueva meta; ya no procura exclusivamente la obtención de placer inmediato, sino que se tornará, de algún modo, “altruista”.

- La oposición fálico-castrado deja su lugar a la diferenciación masculino-femenino.

Es interesante considerar la teoría expuesta a la luz del contexto histórico-socio-cultural en el que fue desarrollada y las posibles diferencias en el marco actual en que la leemos. En esta línea, algunas variables como las enérgicas restricciones vigentes sobre la sexualidad y la primacía del patriarcado que operaban en aquel momento, nos llevan a interrogarnos sobre la vigencia de los conceptos freudianos.

Encontramos que los conceptos fundamentales se sostienen, mientras que podríamos replantearnos algunas cuestiones tales como que “la pulsión se pone al servicio de la reproducción” o “la concreción del hallazgo de objeto exterior heterosexual”.

Con respecto al primer punto, recordemos que en un trabajo posterior sobre el tema, Freud (1915) dirá que “La meta de la pulsión es en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión”. Si somos consecuentes con lo allí planteado por el autor, la meta de la genitalidad es la consecución de una nueva forma placer y no tiene como fin la reproducción; los jóvenes tienen relaciones sexuales en busca de una satisfacción pulsional que no implica necesariamente la parentalidad como meta, aunque esta sea ahora posible. Desde luego que hacerse cargo de la alternativa de engendrar un hijo, que es ahora real y no sólo fantaseada como pudo serlo en la niñez, constituye para ellos un nuevo trabajo psíquico que les demanda gran esfuerzo.

No hay discusión con respecto a que la elección debe ser exogámica; no ocurre lo mismo con respecto al requisito planteado por Freud con respecto a la heterosexualidad del objeto, ya que lo esencial es que el sujeto pueda tomar un posicionamiento sexual y se relacione desde allí con otro sujeto, reconocido en su alteridad, como otro, externo y diferente de sí, sea de otro sexo o del mismo.

Otro aspecto a considerar es que seguramente la adolescencia de la época victoriana en la que Freud escribió haya sido bastante diferente de la actual; es probable, por ejemplo, que fuese mucho más breve, mientras que en nuestros días le lleva muchos años a un joven adquirir las herramientas que le permitirán insertarse como un adulto en el mundo. Seguramente esta prolongación no es sin consecuencias.

A modo de ejemplo: el trabajo psíquico de desasimiento de los padres es mucho más que alcanzar la independencia económica, es primordialmente un trabajo intrapsíquico e intersubjetivo, que involucra a la familia y a los pares, pero es indudable que el hecho de que estén favorecidas o, por lo contrario, dificultadas las condiciones objetivas para llevar adelante un proyecto de vida autónomo, juega un papel en el proceso. El desasimiento no es independiente de las dificultades que proceden del contexto en el que se desenvuelve, el capitalismo tardío, con su lógica

predominante, la posmodernidad. Dice J. Barrionuevo (2007): “En un tiempo de definiciones respecto de la inserción laboral o profesional, entre las de mayor importancia, el joven abre las puertas y se interna hoy en un mundo complejo, en nuestra sociedad de consumo, de cuyos productos disfrutó o hizo uso durante niñez y primeros tramos de su adolescencia sin las exigencias que luego tendrá que afrontar”... “En tanto el sujeto se encuentra atravesado por lo histórico-socio-cultural que lo determina a través de procesos identificatorios que se inician en el vínculo con el Otro familiar, la compleja tarea que supone construir y asumir un proyecto propio plantea doble trabajo: desasirse del deseo del otro (...) y enfrentar una realidad del mercado o sistema productivo con escasas o mezquinas posibilidades para la juventud y para un cada vez mayor número de desempleados o despedidos”. Plantea, en este sentido, que un capitalismo salvaje, que impone el mandato de consumir, produce sus propios excluidos y exige desocupación, siendo los adolescentes la franja etaria más vulnerable a este tipo de violencia.

Lacan y “El despertar de la primavera”

Para introducirnos en el tema, haremos una breve referencia al lugar que ocupa lo evolutivo la obra de Lacan.

Mientras que Freud expone en su teoría diversas líneas evolutivas (fases de la evolución libidinal, sucesión de identificaciones, de yo, etc.), Lacan es muy crítico con respecto a una postura que tome en cuenta lo evolutivo. No niega que exista una psicogénesis o un desarrollo psicológico pero lo que va a decir es que eso no tiene nada que ver con la cuestión del Sujeto del Inconciente del que se ocupa el psicoanálisis tal como él lo entiende.

“El tema del Sujeto del Inconciente como ‘génesis’ obedece al momento en que la red de discursos que nos preceden por generaciones, nos ‘pesca’. Esto en Lacan se estudia como enganche o ‘pesca’ de nuestros cuerpos por la red de discursos del Otro” (Bekerman, 1986). Todo aquello que se dice de nosotros, las expectativas y temores de quienes nos antecedieron, incluso antes de nuestro nacimiento o nuestra concepción, constitutivos del Otro con mayúscula, este Otro que depende de que exista el lenguaje en general, nos captura como vivientes. De esta captura proviene el Sujeto del Inconciente, pero el momento de dicha captura, para Lacan, es mítico, imposible de ser fechado, en consecuencia no puede ser circunscripto a una cuestión evolutiva.

En Intervenciones y textos 2 (Lacan, 1974), J. A. Miller relata que en las Minutas de la Sociedad Psicoanalítica de los miércoles, que se reunía semanalmente en el domicilio de Freud, se lee que la sesión del 13 de febrero de 1907 estuvo

consagrada a la obra de teatro de Wedekind titulada “Despertar de primavera”. Miller refiere que le pidió a Lacan un texto sobre dicha obra y que de este pedido surgió el artículo “El despertar de la primavera”. Tanto el dramaturgo como Lacan juegan con el significante ‘primavera’, que en el habla popular alude a la adolescencia, ‘la primavera de la vida’, en la medida en que se asocia el florecimiento en esta estación con el despertar sexual de los jóvenes.

Lacan (1974) dirá que el dramaturgo aborda en esta obra “...el asunto de qué es para los muchachos hacer el amor con las muchachas, marcando que no pensarían en ello sin el despertar de sus sueños”. De este modo, hace referencia al encuentro del adolescente con la sexualidad y al lugar de la fantasía como primera instancia psíquica para el despliegue de la misma, como lo planteara Freud al decir que la elección de objeto es llevada a cabo al principio tan sólo imaginativamente (1905).

Comenta al respecto J. Barrionuevo (2011): “Lacan dice a propósito de los adolescentes que comienzan a pensar en las chicas, que seguramente está todo el empuje hormonal que se quiera, pero ellos no pensarían sin el despertar de sus sueños, sin fantasías o ensoñaciones. Pero lo real de la pubertad también es la aparición de los caracteres sexuales, específicamente aquellos que se llaman secundarios, es decir, la modificación de la imagen del cuerpo. Entonces, es en estos dos planos, el del cuerpo como objeto pulsional y el del cuerpo como imagen, que la pubertad viene a trastocar, a conmover al sujeto.”

La irrupción de los cambios somáticos es pensada por Lacan como la irrupción de lo real del cuerpo, que es un real que el adolescente no puede impedir ni dominar. Lacan lo menciona de esta forma: “Que lo que Freud delimitó de lo que él llama sexualidad haga agujero en lo real, es lo que se palpa en el hecho de que al nadie zafarse bien del asunto, nadie se preocupe más por él.” (Lacan, 1974).

Para explicar esta afirmación haremos una breve referencia a los tres registros sobre los que Lacan apuntala su enseñanza, en tanto organizadores de toda realidad humana. Así como Freud planteó la primera tópica (inconciente, preconciente, conciente), y luego la segunda (yo, ello, superyo), encontramos una tríada diferente en Lacan: Simbólico, Imaginario y Real. El nudo borromeo es “...el objeto matemático utilizado por Lacan para presentar en el psicoanálisis las articulaciones posibles entre las categorías de lo real, lo simbólico y lo imaginario, y sus implicaciones en la génesis y la teoría del sujeto” (Chemama, 1998) y podemos agregar que “lo dio a sus alumnos” para que pudieran orientarse en la práctica psicoanalítica.

Lo imaginario: “Es del registro del yo [moi], con todo lo que este implica de desconocimiento, de alienación, de amor y de agresividad en la relación dual” (Chemama, 1998). Es la categoría que procede de la constitución de la imagen del

cuerpo, es el registro en el que se condensan todas las relaciones del yo con el semejante, con su imagen especular, es el registro de la identificación.

Lo simbólico: ha sido definido como “función compleja y latente que abarca toda la actividad humana: incluye una parte consciente y una parte inconsciente, y adhiere a la función del lenguaje, más especialmente, a la del significante”. “Lo simbólico hace del hombre un animal (serhablante) fundamentalmente regido, subvertido, por el lenguaje, que determina las formas de su lazo social y, más esencialmente, de sus elecciones sexuadas” (Chemama, 1998).

Lo real: “Lo que la intervención de lo simbólico expulsa de la realidad, para un sujeto”. “Definido como lo imposible, es lo que no puede ser completamente simbolizado en la palabra o la escritura y, por consiguiente, no cesa de no escribirse...” (Chemama, 1998).

En un primer momento de su enseñanza, en los años ´50, era caracterizado como lo “innombrable”, aquello que se encontraba por fuera de lo imaginario y de lo simbólico, “...marca de una experiencia privilegiada excepcional donde lo real es aprehendido más allá de toda mediación, imaginaria o simbólica” (Lacan, 1954-55). En los ´70 lo denomina “lo estrictamente impensable”, lo imposible.

Podemos decir, entonces, que los cambios corporales de la pubertad, la exigencia de asumir una posición sexuada, la admisión de la propia muerte, sexualidad y muerte, en fin, son las manifestaciones de lo real que irrumpe y que los adolescentes tratarán de simbolizar o representar. Cada uno, de modo singular, se las verá ante el encuentro con ese imposible de simbolizar pues, al decir de Lacan, no hay una fórmula general para “zafar bien del asunto”.

Wedekind y “Despertar de primavera”

“Despertar de primavera” fue escrita por Frank Wedekind en 1891 y es un drama con toques de humor e incluso de grotesco. Si bien el autor gozó de un gran reconocimiento en su época, esta obra fue también muy criticada y considerada escandalosa por el tratamiento que da a las temáticas de la sexualidad y el suicidio.

El encuentro imposible entre los sexos, en el sentido de la inexistente complementariedad entre el hombre y la mujer, queda claramente plasmada en la obra, en la cual Wedekind nos muestra cómo los obstáculos en el encuentro con la sexualidad y la imposibilidad de significarla, pueden llevar a los adolescentes a los más trágicos desenlaces.

Lacan avanza en este punto y considera que la relación sexual hay que “...fijarla en la no-relación que vale en lo real” y algo más adelante “...la idea del *todo* a

la cual empero hace objeción el más mínimo encuentro con lo real” (Lacan, 1974), modos de referirse a su clásica frase: “no hay relación sexual”, en tanto nunca hay una adecuación perfecta entre el sujeto y su objeto y este es, sobre todo, determinado por el lenguaje.

El joven se enfrenta a la ausencia de un saber sobre el sexo y el acceso a la sexualidad esta mediatizado por el Otro del discurso, es por el Otro que se posibilita el acceso al otro sexo. Esto no ocurre en los animales, que disponen de la información genética que dirige su accionar, en un orden que es de la necesidad y no del deseo. Los humanos, al ser sujetos de discurso, se encuentran atravesados por el mismo y sus vínculos están mediatizados por la palabra, hecho que de por sí implica la pérdida de la naturalidad en el encuentro con el otro sexo.

“Despertar de primavera” fue definida por el propio autor como una tragedia infantil. Los protagonistas tienen entre 14 y 15 años: Melchor, Mauricio y Wendla. A su alrededor circulan adultos cuyas actitudes son cínicas, violentas y en pocos momentos, cariñosas.

La obra refleja el modo de funcionamiento de una sociedad pacata, puritana, de fines del siglo XVIII, coincidente con el momento histórico y cultural en el que Freud empezaría a pensar su teoría del inconsciente y del trabajo de la represión.

La represión, en su acepción más concreta, proviene aquí del mundo adulto que proscribía todo lo relativo a la sexualidad de los jóvenes: la información está vedada, algunos de ellos desconocen lo más elemental sobre el origen de los niños, Melchor es expulsado del colegio porque descubren algo escrito por él sobre el coito (“desvergonzadas porquerías”, “inaudita fechoría”, producto del “desquiciamiento moral del malhechor”, al decir del rector del colegio), a Marta la saca su madre de la cama “de los pelos” por llevar una cinta en la camisa y le prohíben bajo amenazas llevar su cabello suelto. En el momento de enfrentarse a lo real de los cambios corporales inherentes a la irrupción de la segunda oleada de la sexualidad, las manifestaciones de los jóvenes vinculadas a la curiosidad, la experimentación, el deseo de mejorar su imagen, son violentamente reprobadas y castigadas por padres y profesores.

La severidad de las prohibiciones coexiste con las transgresiones, expresión de una doble moral de los adultos; los rígidos preceptos acerca de lo debido no impiden manifestaciones de indiferencia, crueldad e hipocresía hacia hijos y alumnos. A modo de ejemplo, la madre de Wendla le niega a su hija información sexual pero cuando queda embarazada le provee los abortivos que la llevarán a la muerte. El

encubrimiento se sostiene hasta las últimas instancias, ya que sobre su lápida se leerá: “Murió de anemia. Bienaventurados los que tienen puro el corazón” (sic).

Podría pensarse que si un saber sobre la sexualidad existiera, éste queda a lo largo de la obra celosamente resguardado por el mundo adulto; el mundo de quienes dictaminan lo moralmente correcto, tanto para ser dialogado o escrito o incluso fantaseado. Así se instala una circulación del saber que deja a los jóvenes en una especie de encrucijada: aceptar aquello que les es dicho, pero de lo cual desconfían, o quedar por fuera de ese aparente único saber. Suerte de “es esto o nada” que concluye en una trágica caída de la escena de algunos de los personajes adolescentes, quedando literalmente por fuera de un mundo que no les prestó palabras cuando ellos no sabían qué decir.

Pero la estricta censura no impide que los adolescentes, como en todas las épocas, lleven a cabo sus experiencias, de modo que se suceden escenas de masturbación, sadomasoquismo, homosexualidad, encuentros con prostitutas, Wendlar tiene su primera relación a sus 14 años, entre otras.

Un dato no menor es que a la par que se despliegan fantasías y temores de los adolescentes en relación al “despertar” sexual, aparecen simultáneamente numerosas referencias a la muerte: enfermedad y muerte de un compañero, Melchor estuvo a punto de ahogarse, ideaciones suicidas. El encuentro con lo real de la sexualidad tendrá sus consecuencias en ellos, y responder en lo real puede llevarlos a la muerte: como accidente o como pasaje al acto suicida.

Podemos decir que la obra es antigua desde el punto de vista de los usos y costumbres que allí se describen, pero dado el lugar central que ocupan la sexualidad y la muerte en la vida de los protagonistas adolescentes, y sus intentos por afrontar los enigmas fundamentales de la vida, conserva vigencia y esto hace de la misma un clásico. Veamos algunos ejemplos:

- El primer acto se inicia el día en que Wendlar cumple 14 años. Mantiene un diálogo con su madre a propósito de un vestido que ella le alargó.

Wendlar: De haber sabido que me harías tan largo el vestido, hubiera preferido no cumplirlos.

Señora Bergmann: El vestido no es tan largo Wendlar. ¡Qué quieres! ¡No es mía la culpa de que mi hija crezca cada primavera dos pulgadas más!...

(...) Me gustaría tenerte siempre como ahora.

Alargar el vestido alimenta la ilusión de la madre con respecto a que, si el vestido cubre lo mismo que antes, la hija sigue siendo igual de chica; vela los cambios de su cuerpo y así desmiente el crecimiento de su hija, con el argumento de que la

protege del frío. En respuesta, Wendla exclama: “¡A mi edad no se tiene frío y menos en las piernas!”.

En relación a esta escena, dice S. Amigo (1998): “La tan comentada dificultad del adolescente para rearmar y reasumir su imagen en el espejo, dificultad clínicamente incontestable, suele depender de la posición que el Otro (del que todavía el sujeto depende en lo real) no legitima las nuevas imágenes que este se da en tanto "grande" y sexuado. Así, bruscamente, el adolescente que de por sí tiene problemas y temores para reconfigurarse en el campo del espejo, que de por sí tiene que renovar los atuendos para vestir su nuevo real, se encuentra además con que muchas veces el Otro real se niega a legitimar una imagen apta para comenzar a ejercer una sexualidad normativa.”

Para la madre, devolverle a su hija una imagen de mujer implicaría perderla como una niña objeto de su goce, en consecuencia, no la habilita para la sexualidad femenina, le cierra el camino que la conduciría a la exogamia y a la vida. Esto se refleja en su lápida que hará referencia a Wendla como una “bienaventurada que tiene puro el corazón”; si para esta madre se asocian sexualidad e impureza, la joven va a morir como una niña asexuada, hija de una madre que no da curso a la sexualidad.

En otra escena, Wendla le pregunta a su madre por el origen de los niños y obtiene por respuesta la fábula de la cigüeña que la joven no acepta. Necesitada de un saber que provenga de Otro y no de cualquier otro, recurre a su madre, pero ese saber le es negado, y ante la falta de respuestas a sus preguntas, intenta salir de la encerrona buscando la respuesta al enigma en lo real, a través de una acción; se precipita al encuentro con el otro sexo pidiéndole a Melchor que le pegue y más adelante tiene relaciones con él y queda embarazada.

- En un contexto en el que Mauricio y Melchor hablan del pudor, de la desnudez, del instinto en los animales, de cómo desearían educar a sus hijos “para que sean más sosegados” que ellos, se sucede este diálogo:

Mauricio: ¿Las has sentido ya...?

Melchor: ¿El qué?

Mauricio: ¿Cómo decías antes?

Melchor: ¿Las excitaciones sexuales?

Mauricio: ¡Ehm...Ehm...!

Melchor: ¡Ciertamente...!

Mauricio: Yo también...

Melchor: Hace tiempo que conozco eso... Casi hará un año.

Mauricio: ¡Para mí fue como si me hubiera caído un rayo!

Melchor: ¿Soñaste?

Mauricio: Un sueño muy rápido... Unas piernas, con mallas azul celeste. Las vi sólo un momento.

Melchor: Jorge Zirchniss soñó con su madre.

Mauricio: ¿Te lo ha contado?

(...)

Mauricio: Si supieras lo que he sufrido desde aquella noche!

Melchor: ¿Remordimientos?

Mauricio: ¿Remordimientos? ¡Una angustia mortal! ¡Me creí perdido! Me pareció que un mal interno me consumía (...)"

Este pasaje muestra la dificultad para poner en palabras las primeras sensaciones ligadas a la genitalidad: los rodeos, los balbuceos, los silencios. Lo real es percibido a la manera de un estímulo traumático repentino, como un rayo, proveniente del exterior, del que es imposible sustraerse, acompañado de un afecto displacentero concomitante, que es la angustia, que es una "angustia mortal" ante algo que no se puede nombrar, algo real ante lo cual todas las palabras se detienen: "el objeto de angustia por excelencia", dice Lacan.

Son numerosos los pasajes de la obra en que los personajes hacen alusiones a la sexualidad y la angustia: el rayo, los dos perros que se persiguen por la calle, el búho espantado por el incendio, ser arrastrado por las aguas de un torrente, un mal interno, entre otros, que serían significantes a través de los cuales los jóvenes intentan cercar lo real de sus nuevas sensaciones y de los cambios en su cuerpo, sin poder darles sus nombres propios.

- Más adelante prosigue el diálogo entre los dos amigos:

Mauricio: Yo no recuerdo haber deseado voluntariamente esas excitaciones...! ¿Por qué no nos han dejado en la nada hasta que todo hubiera vuelto a la nada?... ¡Mis queridos papás podrían haber tenido cien hijos mejores que yo! He venido al mundo, sin saber cómo, y ¿voy a tener la culpa de que no me hayan dejado donde estaba? ¿No te ha preocupado Melchor el saber de qué manera hemos venido a caer en este torbellino del mundo?

Melchor: Pero, ¿tú no lo sabes aún?

Mauricio: ¿Cómo he de saberlo?

(...)

Pero ahora ¡no puedo hablar con una muchacha sin pensar en algo execrable! Y, créeme, Melchor... no sé en qué.

(...)

Yo he hojeado la enciclopedia Meyer, de la “A” a la “Z”, sin encontrar nada. ¡Palabras...nada más que palabras! ¡Oh esta preocupación del pudor! ¿De qué me sirve un diccionario de la conversación, si no me aclara los problemas más inmediatos de la vida?

Melchor: ¿Has visto alguna vez en la calle perseguirse dos perros?

Mauricio: ¡No...! Pero es mejor que no me digas nada hoy, Melchor... Tengo todavía pendiente la América Central, Luis XV, y además los sesenta versos de Homero, siete ecuaciones, el tema de latín. Si no, mañana haré un mal papel.

En respuesta, Melchor se ofrece a ayudarlo con el estudio para luego poder hablar sobre “los misterios de la generación”.

Mauricio: ¡No puedo! ¡No puedo hablar con tranquilidad de los misterios de la generación! Si quieres hacerme un favor, escribe tus explicaciones...

Mauricio se preocupa, sin éxito, por ser un hijo ideal, adaptado. Mientras que él está abrumado por sus sensaciones, sus deseos de acercarse a las mujeres y sus fracasos en este terreno, para sus padres “el ser hombre” es sólo ser un buen estudiante. Dice Mauricio: “...si me suspenden, le da a mi padre un ataque y mi madre tendría que ir a un manicomio”, dando expresión a un fantasma de muerte y locura de sus padres si se aparta de sus deseos.

Son evidentes las dificultades del adolescente para dar cuenta de su excitación y para acercarse al otro sexo; la información que le proveen los libros no le sirve, en tanto de lo que carece es de palabras propias con las que pueda efectuar ligaduras, en consecuencia, la invasión del pensamiento por la excitación sexual lo lleva al fracaso de la sublimación. Después de reprobado un examen, alienado en el deseo de sus padres, no pudiendo soportar no estar a la altura de sus expectativas, se pega un tiro. Dice al respecto S. Amigo (1998): “Este fin trágico de Mauricio deja claro hasta qué punto estudiar, para un niño o un joven sólo puede ser vivido como una actividad apasionante si y sólo si el estudio *hace cuerpo* con la investigación sexual. Desarticulado de esta última, la dedicación al estudio sólo puede ser vivida como mera obediencia a los designios de los padres.”

Aquí el Otro, representado por sus padres, no daba su asentimiento para la exploración sexual del hijo (al igual que en el caso de Wendlá) y este quedó atrapado en la represión parental, al servicio del goce fálico del Otro, imposibilitado de satisfacerlos y de poder darse una respuesta singular frente al enigma de la sexualidad.

- El destino del personaje de Melchor también es dramático pero tiene una resolución inesperada y favorable. A causa de su escrito sobre el coito destinado a Mauricio y del embarazo de Wendla, Melchor es expulsado del liceo y encerrado en un correccional, con la aprobación de sus padres y profesores que lo sindicaron como el responsable de la muerte de sus amigos. Su propio padre expresará su condena en estos términos: “Testimonio, con horrible claridad, la franca y consciente inclinación hacia todo instinto depravado, una inclinación a lo inmoral por ser inmoral. Su escrito evidencia una corrupción espiritual que nosotros los juristas designamos con el término de “locura moral””.

La última escena de la obra transcurre en el cementerio adonde Melchor llega después de escapar del correccional. Frente a la tumba de Wendla manifiesta su sentimiento de culpabilidad por las dos muertes y, desesperado por la “falta cometida”, piensa en suicidarse pero no tiene fuerzas para hacerlo. Cuando finalmente decide irse del cementerio se le presenta el fantasma de Mauricio, que le tiende su mano para llevarlo a un mundo mejor, el de los muertos, “más allá de las cosas terrenas, del dolor y la alegría”.

En ese momento hace su aparición la figura de un caballero enmascarado que no devela su identidad; denuncia el discurso engañoso de Mauricio y le ordena retirarse, y le ofrece a Melchor su brazo para sacarlo del cementerio, con la promesa de “cuidar de su porvenir... guiarlo por entre los hombres... ampliar sus horizontes... que conozca todo lo interesante que el mundo encierra”. Lo desculpabiliza de la muerte de Wendla y también lo desliga de su preocupación por sus padres diciéndole: “Tu padre busca consuelo en los robustos brazos de tu madre”, con lo que queda liberado de garantizar el goce de sus padres. Y agrega que lo que necesita es una “cena caliente” dentro del cuerpo para burlarse del cadáver. Con su intervención lo amarra a la vida.

El Enmascarado, a quien Wedekind dedica la obra, es la figura de un adulto, que podría ser una figura parental o un analista, que funciona como alguien que impone la ley del falo, una regulación que permita poner palabras, constituir un borde, a aquello que quedando por fuera de la ley, resultaría inarticulable para el adolescente. “Falo significativo, mortificando lo simbólico y haciendo agujero en lo real, apuesta a la vida. Vida que habrá de llegar al puerto de la muerte después de haber pasado por los desfiladeros de la sexualidad.” (Amigo, 1998).

Mientras que la sombra de sus objetos perdidos caía sobre su yo, Melchor estaba condenado a morir como Wendla y Mauricio. El Emascarado le permite desprenderse de estos objetos y elegir la vida, representada por la “cena caliente”.

Del Enmascarado, dice Lacan que es quien salva a Melchor de las garras de Mauricio y agrega: "... entre los Nombres-del-Padre existe el del Hombre enmascarado." (Lacan, 1974, 112). Esto hace pensar en la importancia de la intervención de las figuras parentales o sus sustitutos para dar a los adolescentes amparo y acompañamiento, pero sin retenerlos, de modo que puedan desprenderse de sus objetos edípicos y atravesar el encuentro con lo real de la sexualidad y con el otro sexuado en la exogamia, dentro del registro simbólico o del registro imaginario, sin responder ante ese real, con lo real de la acción que los arrastre a la muerte.

Por último, transcribiremos una cita que muestra el estado de desamparo psíquico y angustia en el cual queda el adolescente cuando no recibe del mundo adulto más que desaprobación y castigo. Dice Mauricio: "*Podemos compadecer a la juventud que se alimenta de idealismo y a la vejez que con su superioridad estoica le quiebra el corazón*".

Bibliografía:

- Amigo, S.: "Notas sobre `El despertar de la primavera'", Jornadas EFBA 1998: "Lo real de la transferencia", <http://www.efba.org/efbaonline/amigo-01.htm>
- Barrionuevo, J: *Adolescencia y Juventud*. En prensa. 2011
- Bekerman, J.: Seminario "Introducción a la clínica psicoanalítica según J. Lacan", publicación de circulación interna Escuela de Psicología Clínica de Niños, Bs. As., 1986.
- Blos, P.: (1979) *La transición adolescente*, Bs. As., Amorrortu Editores, 1981, cap. 16.
- Chemama, R. y Vandermersch, B.: (1998) *Diccionario del Psicoanálisis*, Amorrortu Editores, Bs. As., 2010
- Freud, S.: (1905) "Las metamorfosis de la pubertad", en *Tres ensayos de teoría sexual*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 24 vols., 1978-85, vol. 7.
 - (1914) "Introducción del narcisismo", en *OE*, AE, vol. 14.
 - (1915) "Pulsiones y destinos de pulsión", en *OE*, AE, vol. 14.
- Lacan, J.: (1974) "El despertar de la primavera" en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 2007.
- Lacan RSI. Inédito

- Piccini Vega, M.; Barrionuevo, J. y Vega, V.: *Escritos psicoanalíticos sobre Adolescencia*, Bs.As, Eudeba, 2007, cap. 9.
- Wedekind, F.: (1891) *Despertar de primavera*, Buenos Aires, Editorial Quetzal, 1991.